

Pensar la universidad

Antanas Mockus Sivickas



Mockus Sivickas, Antanas, 1952-

Pensar la universidad / Antanas Mockus Sivickas. – 2. ed. -- Medellín : Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2012.

180 p. ; 21 cm.

Incluye bibliografía

ISBN 978-958-720-137-6

1. Educación superior - Colombia. 2. Valores (Filosofía) - Enseñanza. 3. Reforma universitaria - Colombia – Historia. 4. Educación superior – Fines y objetivos. I. Hernández, Carlos Augusto, Pról. II. Tít.

378.001 cd 21 ed.

M688

Universidad EAFIT-Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Pensar la universidad

Segunda edición: octubre de 2012

© Antanas Mockus Sivickas

© Fondo Editorial Universidad EAFIT

Carrera 48A # 10 Sur - 107, Medellín

<http://www.eafit.edu.co/fondoEditorial>

Email: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-137-6

Fotografía de carátula: Antanas Mockus, *Dos Caras*, escultura de Nijole Sivickas, ca. 1973.

Editado en Medellín, Colombia

Contenido

Prefacio.....	7
Presentación a la primera edición.....	27
Introducción.....	31
La misión de la universidad.....	43
Esquema general de la exposición.....	43
Algunas características del punto de vista adoptado.....	44
Campos de proyección de la universidad.....	47
Una idea sobre la misión de la universidad.....	50
El “secreto” de la universidad.....	53
La acción comunicativa discursiva.....	54
La tradición escrita.....	56
La reorientación y la reorganización de la acción.....	63
El poder racionalizador de la combinación entre discusión racional, tradición escrita y reorientación (o reorganización) de la acción.....	69

El poder racionalizador de la tradición académica y los diversos ámbitos de proyección de la universidad	72
El secreto de la universidad y la especialización de los discursos y las comunidades disciplinarias	85
La cientifización de las profesiones.....	86
La polivalencia política de la universidad	89
El carácter tendencialmente hegemónico de la cultura académica	97
La educación universitaria como “formación” y nuestra caracterización de la misión de la universidad	102
¿Racionalismo ético o pragmatismo?.....	107
Otra cara de la formación: la sabiduría requerida por el trato con lo particular	109
A modo de conclusión	115
Bibliografía	128

Pertinencia:

futuro de la universidad colombiana	129
Una universidad más articulada con lo global	131
Una universidad más sensible a lo local	155
Una universidad más capaz de vincular, con pertinencia, lo local con lo global.....	165
Conclusiones y algunas recomendaciones.....	171
Bibliografía	177

Prefacio

*A quienes ven en una vida llevada reflexivamente
una legítima fuente de felicidad*

*A quienes se desviven por encarnar
los exigentes ideales de la universidad*

*Y a quienes en cada generación optan
por encontrar conversaciones, o lecturas,
o experiencias que les cambian la vida*

Siete años separan la escritura y la publicación de los dos textos aquí recogidos y presentados: “La misión de la Universidad” y “Pertinencia: el futuro de la universidad colombiana”. Amablemente EAFIT ha querido volver a editarlos con una introducción del profesor Carlos Augusto Hernández y un nuevo prefacio del autor.

“La misión de la universidad” de 1987 antecede en un año el comienzo de mi etapa vital como directivo universitario. Desde 1988 me desempeño por dos años y medio como vicerrector académico de la Universidad Nacional y enseguida por otros dos años y medio como rector. En noviembre de 1993 salgo de la Rectoría y durante el año siguiente escribo “Pertinencia: el futuro de la universidad colombiana”. Los dos textos encuadran una etapa muy valiosa de mi vida, que me da una oportunidad única para

comprender cosas nuevas, poner en práctica concepciones y conocimientos, viejos y nuevos, hacer parte de equipos, aprender a fijarme prioridades y también a autorizarme innovaciones.

En este prefacio quiero subrayar cuánto me dio la universidad y cuánto me sirvió para confirmar mis prejuicios sobre ella y sus conexiones con la vida. Para comenzar quiero mostrar con dos o tres ejemplos que en la universidad aprendí enfoques y técnicas que luego me fueron muy útiles en la gestión pública. Y también sucedió lo contrario: mi experiencia en esta última me llevó a valorar aún más la ética comunicativa propia de la universidad.

Varias innovaciones impulsadas desde la alcaldía de Bogotá tuvieron un claro antecedente en la universidad.

Fue en la Universidad Nacional donde por cuenta de un experto internacional invitado por el Programa Universitario de Investigaciones en Energía que coordinaba Horacio Torres pude conocer un novedoso enfoque en materia de servicios públicos domiciliarios, el enfoque de *gestión de la demanda*. Uno o dos años después, cuando el apagón del presidente Gaviria, mientras la ciudad prácticamente toda se apagaba tres horas al día, la Ciudad Universitaria tenía luz las 24 horas. En efecto, en pocos días Fabio Chaparro, vicerrector de recursos, hizo un acuerdo con la compañía de electricidad y bajó –sin cortar el suministro– el consumo de energía en la meta requerida.

Obviamente, cuando cinco años más tarde el suministro de agua a Bogotá se vio afectado por el derrumbe en los túneles de Chingaza, el paradigma estaba probado. Eso me dio mucha seguridad. Gradualmente la pedagogía logró un ahorro del 14% (después de una inquietante primera semana en que el consumo aumentó –pudimos

comprobar que hasta en la casa de los gerentes de acueducto y de cultura ciudadana guardaron agua en baldes “por si acaso”). Posteriormente, gracias a la combinación de una pedagogía inolvidable (que llegó a incluir una grabación con la voz de Shakira “Gracias por ahorrar agua” que se oía en el teléfono justo antes de que sonara el bip-bip característico del teléfono ocupado) con un alza sostenida de tarifas y una concientización escolar sobre su escasez, el consumo de agua por familia al mes siguió bajando hasta llegar a ser el 63% del que era a comienzos de 1997. En una década bajó de 27m³ a 17m³.

Otro ejemplo tuvo que ver con la cultura tributaria de los bogotanos. En 1991 ajustamos en la UN las matrículas y una serie de tarifas de trámites (como certificados de notas y copias de diplomas) que llevaban cerca de veinte años congeladas. Los nuevos estudiantes de clase media y alta debían pagar sustantivamente más. A los estudiantes antiguos les dimos tres opciones: pagar lo que venían pagando, pagar el nuevo valor, pagar la mitad. Ayudó mucho a la aceptación de la medida para los nuevos el que cerca del 10% de los estudiantes antiguos pagaran voluntariamente más de lo que venían pagando, más la publicación de un análisis de la medida desde la economía y otro desde la filosofía, más el compromiso del gobierno de darle a la universidad un peso más de presupuesto nacional por cada peso nuevo que la universidad recaudara en el nuevo esquema.

Las dos veces que gané las elecciones para la alcaldía de Bogotá prometí aumentar impuestos. En la primera hicimos una serie de ajustes reglamentarios y operativos que permitieron aumentar sustantivamente el recaudo. En la segunda ocasión el Concejo de la ciudad declaró que el alcalde podía haber prometido alza de impuestos pero

que en su mayoría los concejales habían sido elegidos para impedirla. Inspirados por lo que se había hecho en la Nacional, con el Secretario de Hacienda, Israel Fainboim, incluimos en los formularios del impuesto predial y del impuesto de industria y comercio, la posibilidad –bautizada 110% con Bogotá– de pagar voluntariamente un 10% más. Estos “impuestos voluntarios” (bellísimo oxímoron) podían ser direccionados por el contribuyente a uno de quince proyectos, muy diversos, que aparecían listados en hoja anexa. Un total de 63.000 familias o empresas contribuyeron al 110% y la actitud del Concejo cambió. Fueron ajustadas tarifas. A pesar del ajuste, al año siguiente más de 40.000 contribuyentes pagaron el 110% y algunos lo han seguido haciendo años después –y sin ninguna promoción–.

Yo atribuía y sigo atribuyendo estos éxitos a la pedagogía. Muy generosamente, Doris Sommer (de Harvard) los atribuye a actitudes y técnicas que yo habría tomado del arte. De hecho estudiantes y profesores de artes me dieron lecciones claves en momentos claves. La semana previa a mi posesión como rector ofrecí una conferencia en el aula máxima de artes sobre cómo entendía la aplicación de los lineamientos de la reforma académica a los profesores y a los estudiantes de artes. Defendí a ultranza la fundamentación racional de las prácticas profesionales. Una excelente obra, una buena exposición, a mi juicio no bastaban para promover un profesor –el profesor tenía que brindar una explicación racional, contrastable, debatible, de lo que había hecho. Si estaban en la universidad debían fundamentar su actuar, si no estaban dispuestos a fundamentarlo deberían irse a una escuela de artes y oficios. Con impaciencia algunos profesores expresaron su desacuerdo y esgrimieron el famoso argumento: muchas veces una imagen, o un gesto, dicen más que mil palabras.

No dije nada, pero cuando volví al mismo auditorio, a la semana –como estaba previsto desde antes– a dar la segunda parte de mi charla, llegué en bicicleta, con esta subí al escenario, me acosté sobre la mesa grande que había sobre el podio y hablé durante unos diez minutos mirando hacia el techo, como si estuviera en un diván de psicoanalista. Mostré performativamente que les había dado la razón y desde ese día hice una conexión entre el uso de imágenes en las ciencias y en las tecnologías (que había estudiado en mi tesis de maestría, laureada y publicada en 1988 como *Representar y disponer* y el uso de imágenes en otros procesos de comunicación y especialmente en los ritos de iniciación.

Los antropólogos, también irritados por mi énfasis extremo en la escritura y en la argumentación racional, me habían hecho caer en cuenta de que en las culturas indígenas objetos concretos sirven como símbolos que permiten conocer y compartir conocimiento. Las cosas hablan y aprender a leerlas es otra forma de lectoescritura. El antropólogo Guillermo Páramo en reuniones celebradas en Colciencias nos había enseñado que los indígenas tucanos vivían en una auténtica botella de Klein, que así era su maloca, así su universo –que así eran al mismo tiempo el río mayor de la región y la boa anaconda– y que así era el exprimidor de yuca tejido con fibras vegetales. A él le dije en alguna ocasión: “si usted se equivoca en la teoría, yo me estrellaré en la práctica”. De hecho creo sinceramente que así como la esfera es una buena representación del globo terráqueo, la botella de Klein es una buena representación de la sociedad. Tal vez me volví Tucano sin darme cuenta cuando ya en la alcaldía participé en dos rituales, uno en que nos pintamos las caras, otro en que hubo danza y canto... No debe ser tan fácil. En cualquier caso, muchas veces en mi vida he podido acudir a objetos-símbolos para hacerme entender. Soy además hijo de escultora...

Any way... Salí de la rectoría por el escándalo que provocó la difusión en el país de un video filmado durante la inauguración de una reunión nacional de estudiantes de bellas artes convocada con el lema “Hartas artes” y celebrada en el auditorio León de Greiff, aula magna de la Universidad Nacional, en noviembre de 1993.

En el año 2004 fui invitado a dar un curso de pregrado en la Universidad de Harvard. Lo hice sobre pragmatismo y hedonismo, retomando lo estudiado para escribir “Pertinencia...”. Harvard me pareció una gigantesca oreja, una grandiosa institución hecha para oír. Con paciencia y rigor se dan el lujo de explorar cuanta innovación llega a su conocimiento, venga de donde venga en el mundo. Y pacientemente descubren que dentro de lo nuevo es asimilable a algo que ya se sabía. Reducen la innovación a sus justas proporciones. Ya me lo había advertido Bernstein que se quejaba de las recontextualizaciones que sus investigaciones habían sufrido.

Cultural agency es la perspectiva desarrollada por Doris Sommer. Como lo muestran muchos trabajos provenientes de la corriente llamada “estudios culturales” en la cultura, en las artes y en la educación hay mucho de llanamente reproductivo. Se reproducen desigualdades, identidades subalternas, se interioriza un orden arbitrario. El profesor (la profesora) de literatura o artes, el humanista o la humanista no tendrían mucho que hacer. Contra esa perspectiva se rebela Doris y emprende la búsqueda en el mundo de ejemplos como el del teatro legislativo de Augusto Boal o el de cultura ciudadana en Bogotá, ejemplos donde la agencia cultural ha sido capaz de introducir cambios, diferencias, que no se dejan reducir a astucias de una estructura, un sistema condenado a reproducirse ciegamente.

Con el liderazgo de Doris ofrecimos un curso para doctorantes que comenzaba con la lectura que hace Hannah Arendt de la *Crítica del juicio* de Kant (donde bajo el pretexto de hacer filosofía estética sobre lo bello y lo sublime, Kant daría las claves de su filosofía política) y que terminaba con los estudios de Michel de Certeau sobre las tácticas de resistencia de los sectores populares, pasando por las novelas clásicas latinoamericanas escritas por dirigentes políticos en el siglo XIX en busca de toda una re-educación de los sentimientos y por una relectura de lo hecho en la alcaldía de Bogotá bajo el título de cultura ciudadana. “Ficciones fundacionales y cultura ciudadana” fue el nombre de esta extraordinaria experiencia.

En Oxford estuve por cinco meses al año siguiente, esta vez sin obligaciones docentes más allá de una que otra conferencia, disfrutando mucho de las indicaciones de Diego Gambetta, autor de un libro clásico sobre la mafia italiana, experto en la conexión entre arte y delincuencia y editor del libro *El sentido de las misiones suicidas*.

En la realidad la universidad de élite resultaba sorprendentemente parecida a la universidad teorizada, imaginada, vivida previamente. Me asombraron por segunda vez en la vida, la sutileza de las presiones y la angustia de todo el mundo por cumplir, por satisfacer expectativas propias y ajenas. Me sentí sensible hasta los tuétanos a la evaluación de los docentes más reputados. Y muchas veces estuve en la pena de no tener nada inteligente que decir.

Capítulo aparte juega en mi vida la relación con Jon Elster. Primero fue la lectura de varios de sus libros en los que distinguía la regulación moral de la regulación social (o cultural en mi lenguaje que proviene de Bernstein) y en los que abogaba, al mejor estilo del segundo Wittgenstein, por unas ciencias sociales supremamente modestas, capaces

de encontrar mecanismos causales con capacidad de explicar retroactivamente fenómenos sociales pero con una bajísima capacidad de predecir. Esto se debe a la coexistencia por pares (o tríos) de mecanismos activables en circunstancias muy similares. Una frustración en la busca de objetivos ambiciosos puede llevar tanto a “las uvas están verdes” como al “persevera y vencerás”. Si alguien te asusta, al producirte la emoción “miedo” desencadena una de varias tendencias a la acción. Con ello, quien te asusta puede llevarte a huir, a confrontar o a paralizarte. En los tres casos se atribuirá como causa de la acción la emoción de temor provocada por el susto que recibí.

Muchas cosas, como la confianza, no se producen a voluntad, son sub-productos. Elster cree que el paradigma de la elección racional sigue explicando buena parte de los comportamientos humanos. Sin embargo, se complace en coleccionar anomalías y explicaciones emergentes (aversión a la pérdida, tiranía de los costos incurridos, transmutación de emociones en otras emociones –por ejemplo transmutación de la envidia en indignación–, tasa de descuento hiperbólica, etc.). Los experimentos de *behavioral economics* le han permitido comparar la fuerza motivadora de los intereses, las razones y las emociones y le ha interesado mucho el tema del desinterés, siendo tal vez el investigador que más conocimiento ha acumulado sobre normas sociales, acción colectiva y altruismo y auto-restricciones.

* * *

Pero más que todo lo anterior al lector le puede interesar qué pienso sobre la universidad hoy en día dieciocho años más tarde, habiendo pasado por ejercicios tan diversos como los

dos periodos como alcalde por elección popular de Bogotá. ¿Hasta dónde he cambiado de punto de vista? ¿Qué de lo que no veía y ahora veo considero más importante? ¿Qué vislumbro?

Quisiera dedicar unas pocas páginas a cada una de estas tres preguntas: ¿Hasta dónde he cambiado de punto de vista? ¿Qué destacaría de lo que antes no veía y ahora considero muy importante? ¿Qué vislumbro?

¿Hasta dónde he cambiado de punto de vista?

Evidentemente le otorgo un mayor valor a la ciudadanía y a la contribución de la universidad a la formación ciudadana. En la medida en que empieza a universalizarse la formación universitaria, el derecho a tener derechos (definición de ciudadanía propuesta por Hannah Arendt) se interpreta también como el deber general de aceptar deberes. Por lo menos la universidad le facilita una base intelectual y emocional a la coordinación de ambas facetas.

Por un lado, la toma de distancia frente a la acción (posponerla y prepararla para hacerla más contundente y mejor fundamentada pero también más rica en aprendizajes) facilita la diferenciación y coordinación entre tres usos muy distintos de las normas: (I) seguir las, someterse a ellas; (II) exigirle a otras personas el que las cumplan, hacerlas valer como fuente de derechos o al menos de expectativas y (III) someterlas a discusión crítica y transformación.

Por otro lado, la universidad con su reflexividad y su afinidad con los metalenguajes proporciona muchas herramientas para entender de manera cada vez más radical que el derecho, las normas jurídicas, descansan en las normas para crear normas. De ahí no solo surge una comprensión

cada vez menos sustantiva y cada vez más procedimental del derecho. También de ahí nacen dos tendencias que no dudo en invitar a conocer y adoptar: *patriotismo constitucional* (lo que hoy en día une a dos connacionales es acatar una misma constitución) y *democracia deliberativa* (no basta con una democracia del voto y la publicidad, se requiere un intercambio comunicativo de razones, emociones e intereses que permita luego un intercambio reflexivo de argumentos sobre razones, emociones e intereses). Votar sin deliberar honradamente choca radicalmente con la creciente asimilación de la tradición académica.

Ya no veo tan automática la contribución de la academia más calificada a la democracia. Un poco ingenuamente creí, en etapas anteriores, que una buena enseñanza del lenguaje, las matemáticas y las ciencias, formaba a la fija buenos ciudadanos. Hoy en día creo que se necesita una formación específica para la tolerancia, para la empatía emocional, para la inserción en los tres sistemas reguladores del comportamiento: ley, moral y cultura.

¿Qué destacaría de lo que antes no veía y ahora considero muy importante?

Me sorprende la conexión supremamente estrecha entre normas y emociones. Los psiquiatras llevan años advirtiendo los peligros que trae consigo ser emocionalmente plano. Quien sanciona a otro socialmente dejando de hablarle también se sanciona a sí mismo y de hecho este costo es el que mejor expresa la magnitud del castigo. Me aterra por sus consecuencias éticas la vertiginosa posibilidad de provocar intencionalmente crisis (pero eso es harina de otro costal).

Me causan admiración los nexos entre arte y auto-imposición de restricciones. También, por otro lado la contribución del arte a la ruptura de la rutina. Y me sorprenden los aprendizajes tácitos que no piden permiso para acompañar o contradecir (o relativizar) los aprendizajes explícitos.

El arte invita a romper la familiaridad, a ver lo que se ha vuelto invisible, e invita a juzgar, conformando un público que no es ni el conceptual de las comunidades científicas, ni el interno que severamente acompaña el raciocinio moral. Es el juicio estético que según Doris Sommer y Hannah Arendt termina siendo el mismo juicio político. La universidad no puede seguir evadiendo la formación política so pretexto de neutralidad o de asepsia.

Hoy en día me parece que los profesores universitarios se caracterizan en su mayoría por un super-ego muy exigente, muy difícil de satisfacer. Y no pueden renunciar (salvo a un costo personal e interpersonal extremo) a esas exigencias pues de lo que se trata es precisamente de lograr que los alumnos hagan suyas, adaptándolas tal vez, esas exigencias, esos criterios de realización.

¿Qué vislumbro?

Tenemos dos tareas: adaptarnos a “la época más larga de la historia” (Heidegger caracteriza así la época en que se ha vuelto central la técnica –y no solo el mercado–) y mantener la mirada al menos parcialmente puesta sobre lo que se vislumbra como posterior. Sociedad post-técnica y sociedad post-mercado podrían ir juntas. Nos espera tal vez un “cuidar del otro” emancipado, aunque sea parcialmente, de la comprensión previa del ser como técnicamente disponible, un “cuidar del otro” más solidario, menos circunscrito al estrecho círculo familiar.

El progreso técnico cada vez más imbricado con el progreso académico ayudará a socavar la actual complementariedad entre familia y mercado.

No solo el bien máspreciado será una buena conversación. El puro tiempo de atención será apreciado en grado sumo. “Deme un minuto de su oro” se vuelve apenas lógico si volvemos a adoptar el ideal de un trabajo no alienado, un trabajo lugar de la plena realización humana.

Gracias a las nuevas tecnologías cada ser humano tiene a su alcance una capacidad de escribir, de publicar, de someter a crítica sus ideas comparable con la que tenía la humanidad toda hace tres mil años.

La posición central que ocupa el mercado en la sociedad actual no puede ser eterna. Al menos algunas personas en algunas universidades tienen que pensar desde ya el post-mercado.

En el mundo hay más suicidios que muertes por homicidio y por guerra sumadas. La prolongación técnica de la existencia humana puede chocar con los mínimos de calidad de vida asociados hoy en día al concepto de dignidad humana. La propia familia puede abogar por la eutanasia como opción. La propia maternidad se ha visto cuestionada. Si bien muchísimas madres se sienten llamadas a dar sin límite y su vida se les va en parte en ese dar y dar, dar sin exigir ni esperar retribución alguna, hoy en día muchas mujeres se toman –al menos durante unas pocas semanas– la libertad de decidir. Ser madre sigue siendo tal vez el mayor acto altruista. Pero cada vez más la mujer escoge.

Lo que en el segundo texto llamo mutaciones culturales por tratarse de cambios irreversibles en la cultura que afectan especialmente a las instituciones especializadas en reproducción cultural (familia, iglesias, escuela, universidad) ameritaría precisarse de la siguiente manera:

1. Lo que he llamado mutación pragmática es en realidad una revolución de la responsabilidad muy afín a la mayoría de edad postulada por Kant como fin perseguido por la Ilustración. La máxima pragmática tiene al menos cinco campos de aplicación: Peirce la propone como teoría del sentido, base de la lógica y de la sistematización del modo científico de conocer e implora que no se utilice para explicar los vínculos humanos más cotidianos (como la niña que camina tomada de la mano de su abuela). Dewey toma el pragmatismo como base de una ambiciosa renovación de la educación, educación que no puede concebir sino como educación democrática. James la usa para escapar de la pesadilla del determinismo y para explorar la fascinante diversidad de las experiencias religiosas separando radicalmente la experiencia subjetiva del aparato institucional de las iglesias. Alexander Bain, abogado, aporta la idea precursora de que una creencia equivale a un conjunto de hábitos (que son los que se derivan o derivarían de la adopción de esa creencia) y aporta esa idea como fundamento para considerar que una constitución es un experimento a ser juzgado por el conjunto concebible de todas sus consecuencias prácticas. Peirce y James se confrontan radicalmente en cuanto a la aplicación de la máxima pragmática al problema teológico por excelencia: la transubstanciación de la hostia resultado de su consagración. Para el científico es claro que las cualidades físicas de la hostia no han cambiado, para el psicólogo es claro que los efectos prácticos de la ingesta de la hostia han cambiado radicalmente con su consagración. Peirce, molesto por la manera escandalosa en que son divulgadas las tesis pragmatistas, desautoriza a James y rebautiza su filosofía como “pragmaticismo” con la esperanza –dice él– de que un nombre tan feo no atraerá a seguidores poco rigurosos.

2. La mutación hedonista se expresa, más allá de lo expuesto en el texto de “Pertinencia: futuro de la universidad colombiana”, en la fuerza explicativa y configuradora de la teoría de la elección racional. No es casual que esta teoría haya permeado, además de la economía, buena parte de las ciencias sociales. Es claro el carácter central otorgado a las preferencias o deseos como punto de partida y el postulado de que el sujeto, dados sus deseos, busca información sobre los mejores medios para alcanzarlos y escoge aquel que, a la luz de la información disponible, es el más conducente a la realización de ese deseo. Si el *homo oeconomicus* se ve motivado fundamentalmente por la realización de sus preferencias, el cumplimiento o incumplimiento de normas morales y sociales propio del *homo sociologicus* es también motivado por la búsqueda de gratificaciones y sobretodo por la evitación de sanciones y de emociones negativas asociadas a esas sanciones (temor a sanciones como la multa o la cárcel, culpa y vergüenza).

3. Hay dos mutaciones que el texto hubiera podido y debido considerar: la mutación feminista y la ambiental. Nuestro mundo nunca volverá a ser lo que fue antes de estas dos mutaciones. Las universidades que segregan por género son ya una ínfima minoría. Aunque algunas profesiones o carreras laborales todavía lleven marca de género, en muchas universidades la matrícula femenina es mayoritaria. La aceptación del doble rol de la mujer facilita una transición cuyo resultado final no es claro aún. La incorporación de la ecología en las universidades es aún tímida, pero el cambio climático y los cambios de comportamiento que el mismo obligará a hacer están ahí para permanecer. Si la universidad colombiana ha de ser pertinente tiene que afrontar los cuatro desafíos: ambientalismo, feminismo, hedonismo y pragmatismo.

Según el *Mapa cultural del Mundo* elaborado por Inglehart y Welzel a partir de la *Encuesta mundial de Valores*, hay dos grandes transformaciones en curso.

En primer lugar está la que va de valores de autoridad tradicional (religión, familia, nacionalismo, obediencia) a valores racionales seculares (orientación al logro, determinación, empuje, ahorro, interés por la política, aprobación al divorcio y al aborto) y que es bastante afín al proceso de secularización-racionalización descrito por Max Weber. Colombia junto con El Salvador y Puerto Rico aparece sistemáticamente en el extremo tradicional. Y Uruguay está más secularizado que Estados Unidos.

En segundo lugar está la que va de valores de supervivencia (estado empleador, las mujeres deben tener hijos, es preferible que los hijos tengan ambos padres, el trabajo duro es bueno, rechazo a inmigrantes, empleo primero para los connacionales, etc.) a valores de bienestar o de autoexpresión (felicidad, tiempo libre, salud, amigos, feminismo, ambientalismo, tolerancia, aceptación de la homosexualidad, etc.). Aquí Colombia y América Latina ocupan claramente una posición intermedia.

Hedonismo, ambientalismo y feminismo harían parte de esta segunda transformación, adelantada en un 50%. Aunque las relaciones entre pragmatismo y secularización son más complejas, si enfatizamos la responsabilidad, la mutación pragmática correspondería a la primera transformación y Colombia estaría muy rezagada (ver resultados de la *Encuesta mundial de valores*).

Se entendería entonces la vigencia que sigue teniendo la consigna de la Escuela Nacional de Minas: “Hay que formar gente honrada, que siga siendo honrada aunque pierda la fe”.

Consideración aparte amerita por su impacto material y cultural, sobre la universidad y la sociedad, la revolución de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC). La tradición escrita está cada vez más ahí al frente y a la mano, recogida, accesible, disponible, como nunca había estado. Las posibilidades de acompañar con información en tiempo real las más diversas puestas en práctica están dadas. Diseño y control imponen cada vez más sus exigencias.

Como nunca antes hay un alineamiento entre desarrollo económico y desarrollo tecnológico. La posibilidad de realizar cálculos y simulacros para prever y para disponer crece sin límite. La posibilidad de comunicarnos y de aprender también.

La universidad contemporánea puede hacer implosión. En buena medida los profesores sobramos, nuestra tarea y en concordancia las competencias que necesitamos han cambiado, están cambiando, van a seguir cambiando. La academia ya no es una ventana más, escogida por algunos para observar algunos aspectos de la realidad. La academia y su hermana cada vez más cercana, la tecnología, se han convertido en nuestro hábitat planetario. De este modo, tal vez se pueda afirmar que la universidad busca y alcanza más fácilmente niveles altos de pertinencia. Hay instituciones de educación superior aún no reconocidas como universidades que se caracterizan por la búsqueda de experiencias de aprendizaje en contextos que ofrecen un máximo de desarraigo cultural.¹

¹ Hay embriones de educación superior hiper-pertinente como la ofrecida por “Pilotos del Caos” desde hace veinte años y cuyo

La globalización redefine de manera muy fluida lo pertinente. Acentúa la movilidad del conocimiento, tanto explícito como tácito, y facilita su movilización para los más diversos procesos de transformación, ya sea como fuente de orientación y legitimación del cambio o como fuente de información sobre los mejores medios disponibles para materializar ese cambio.

Conviven varios tipos de recontextualizaciones, varias lógicas de circulación del conocimiento: la académica, básicamente abierta y altruista (salvo cuando se da en un marco contractual que implica confidencialidad, registro de propiedad intelectual etc.), la empresarial que intenta combinar estratégicamente acceso libre con negocio, y la del tercer sector y las instituciones multilaterales a quienes interesa mucho estandarizar la recolección de información, construir y posicionar indicadores que faciliten comparaciones que permitan validar innovaciones.

Indudablemente el conocimiento tiene visos de bien económico y el acceso a él influye cada vez más en el crecimiento económico. Al mismo tiempo es un bien colectivo que facilita soluciones generosas a clásicos problemas distributivos.

trabajo en Bogotá en los dos últimos años ha comenzado a mostrar un gran potencial. KaosPilot se define como “una escuela internacional de emprendimiento creativo e innovación social” con sede en Dinamarca. Los KaosPilot “buscan con su trabajo explorar el futuro de la empresa sostenible y del liderazgo para la sostenibilidad”. Les interesa “conectar su hacer con su pensar y su sentir”. “Al combinar el trabajo práctico de proyectos reales con teoría, la pedagogía de la escuela busca fomentar el liderazgo personal y el desarrollo de habilidades y competencias que atañen al ser en su totalidad” (tomado de: [www. Kaospilot.dk/](http://www.Kaospilot.dk/)).

No sabemos todavía ni cómo, ni hasta dónde, pero sí podemos anticipar que la globalización, las TIC, la economía y la sociedad del conocimiento van a otorgar mayor centralidad a la universidad. Corresponde a las universidades definir cómo y en qué medida protegen su especificidad.

* * *

Agradecimientos: ninguna de estas reflexiones habría surgido sin la fe ciega que tuvieron en la educación mis padres, la escultora Nijole Sivickas y el ingeniero Alfonsas Mockus, así como el filólogo clásico que con nosotros vivió buena parte de nuestra infancia, Juozas Zaranka, actuando como un segundo padre. No puedo olvidar las veces en que con mi hermana Ismena, hoy endocrinóloga y profesora de bioquímica, le dimos clases a una decena de muñecos, obligándoles a llevar cuadernos de apuntes y nosotros poniéndoles calificaciones.

No puedo olvidar a mis compañeros de edificio, de cuadra, de parque, de fútbol, de bus, de clase y de colegio: de ellos también aprendí mucho. Mi inexperiencia en amplios campos de la vida la compensaba con un conocimiento libresco en el que sacaba ventaja de mis lecturas. Tampoco olvido a mis maestras y maestros, cuya diversidad me aportó mucho y cuyo ejemplo intenté seguir. En los últimos años del colegio dos profesores, Landaburu y Lebot, me marcaron en particular con su amistad y sembraron intereses intelectuales y vitales que nunca pude abandonar.

Francisco Slotkus murió asesinado cuando teníamos 42 años él y 43 yo: nos unía desde la adolescencia el canto (Atahualpa, Mercedes Sosa) pero también la soldadura eléctrica, el baile lituano, la música clásica y las “cabreadas”

(la expresión se utilizaba mucho en el Instituto Técnico Central orientado por padres salesianos). Vi cómo Francisco se transformaba día a día mientras leía *Cien años de soledad*, vi cómo una timidez extrema frenaba sus palabras cuando alguna de las niñas amigas le gustaba, vi algunos años más tarde cómo llegaba a la Javeriana en cotizas y manejando una enorme bicicleta a la que le habíamos adaptado con una polea un motor de gasolina *Briggs & Stratton* de tres caballos y medio, proveniente de una motobomba inservible.

Muchísimas horas de conversación con el padre de Francisco, don Venceslao Slotkus me sirvieron de inusitada formación política. También me enseñó a tumbar becerros y a vacunar gallinas en las alas y en los ojos. Y Francisco me enseñó a manejar tractor y a cambiar los transistores de potencia de mi equipo de sonido.

Mi fobia a la *taylorización* de la educación proviene seguramente de esa formación en actividades de carácter más bien artesanal.

No tengo el valor necesario para abordar aquí con justicia la enorme deuda que tengo con el grupo “Federici”: con Carlo Federici, José Granés, Jorge Charum, Carlos Augusto Hernández, Luz Marina Caicedo y Berenice Guerrero conformamos ese grupo que permaneció activo por cerca de quince años, trabajando sobre problemas de teoría de la educación, enseñanza de las matemáticas y las ciencias naturales. En su interior pudimos mejorar sustantivamente las críticas al diseño instruccional como enfoque y a su aplicación a la educación básica primaria de toda Colombia. Para toda la educación básica primaria se generó en 8.000 páginas un “currículo a prueba de maestro” (la expresión viene de los debates que se dieron en países desarrollados) diseñando en detalle los objetivos de cada actividad, la actividad misma y los indicadores de evaluación. A su

vez, los maestros, los grupos de trabajo pedagógico y las universidades reaccionaron impulsando en conjunto con la Federación Colombiana de Educadores el movimiento pedagógico y su revista *Educación y cultura*.

Los equipos que me acompañaron en la dirección de la universidad y en las dos alcaldías no solo hicieron posibles los logros alcanzados en ambas responsabilidades. Permitieron convertir en evidencia cotidiana lo teorizado previa y posteriormente.

Similar encanto ha tenido el trabajo con María Isabel Patiño, directora ejecutiva; con Henry Murraín, entusiasta organizador de los seminarios; con Jon Elster, director de proyectos de Corpovisionarios, la ONG a la que hoy en día me encuentro vinculado y que ofrece fascinantes posibilidades a todo el grupo de jóvenes profesionales que se ha acercado.

A Carlos Augusto Hernández, lector y escritor, siempre generoso y cuidadoso, autoridad académica combinada con tacto y precisión extremas, que en las discusiones nunca deja de decir lo que tiene por decir, mi agradecimiento por haber escrito para esta edición una introducción que ayuda a comprender la relevancia del texto en la actual coyuntura que es la de una probable reforma de la ley 30 de 1992, la ley de la educación superior vigente.

A Juan Luis Mejía Arango, rector de EAFIT, mi gratitud por haber tomado la iniciativa de publicar esta nueva edición.

Antanas Mockus Sivickas